

# MASCULINIDAD Y VIOLENCIA: IMPLICACIONES Y EXPLICACIONES

**Miguel Lorente Acosta**

Coordinador General de los Institutos de Medicina Legal de Andalucía  
Profesor Asociado de Medicina Legal. Universidad de Granada

## 1. EL TODO EN LA NADA. EL MODELO PATRIARCAL

Suenan las notas de un swing a un ritmo frenético, la voz del cantante de la orquesta salta sobre ellas y con un tono desgarrado empieza a pronunciar las primeras palabras, *“una mujer es una mujer, y un hombre no es nada más que un hombre...”* se suceden los compases, el sonido de los instrumentos continúa su carrera hacia la última nota, la letra se enreda y se pierde en esa maraña de acordes cada vez con menos sentido porque siguen resonando en mi interior, como el eco en una cueva sin salida, las primeras palabras: *“a woman is a woman, and a man is nothing but a man...”*

Los hombres sólo han sido hombres, pero les ha bastado para serlo todo, por eso no han sido nada más que hombres. Las mujeres, sin embargo, han tenido que serlo todo para en muchos casos llegar a ser algo y en algunos conseguir ser alguien. La masculinidad no ha existido, no ha sido planteada como algo diferente a lo que es la propia sociedad o la cultura, era ese todo que abarcaba a todos, no tenía un espacio diferente. Los hombres no han necesitado cuestionarse su papel ni su posición dentro de la sociedad porque podía ser cualquiera; sólo las mujeres, lo de la mujer, como un factor secundario o un elemento marginal, tenía una cierta identidad propia y un espacio diferente.

Un planteamiento sobre la masculinidad no sólo es un posicionamiento de cara al futuro, necesita hacer una revisión crítica del pasado, lo cual pasa por hacerla del propio presente. La situación actual no es producto de un orden histórico natural o de una aparición espontánea. Se trata de un orden artificial e impuesto en el que su creador se ha erigido dueño y señor, por eso la desigualdad entre hombres y mujeres, a pesar del peso de la historia, de la complicidad de la tradición y del aletargamiento de las costumbres, ha necesitado como instrumento fundamental para su existencia y perpetuación la violencia. Debemos llevar a cabo una reflexión sobre la violencia si queremos cuestionarnos con profundidad la masculinidad, pues al contrario de cómo muchas veces se presenta, la violencia no ha estado ahí como un recurso alternativo, sino como un instrumento activo para el mantenimiento, guarda y custodia de esa posición de poder. Por eso tampoco ha sido posible una masculinidad diferente al todo, habría sido un elemento de equiparación a lo femenino, a lo de las mujeres, y, sobre todo, un signo de debilidad.

En esa concepción holocéntrica tres han sido las características fundamentales del poder: capacidad de premiar, capacidad de hacer daño y capacidad de influir en creencias y opiniones. La violencia ha jugado un papel fundamental como parte de esos tres elementos, tanto como forma de producir daño como estrategia no violenta basada en el premio y en la influencia; de este modo se puede llegar a decir, como hemos oído en muchas ocasiones, *“mi marido nunca me ha pegado, claro que yo tampoco le he dado razón para hacerlo”*. El premio llega a convertirse en la no-violencia, con lo cual la capacidad de influir se refuerza por ambos mecanismos, el violento y el no violento, considerado como ausencia de agresiones, no de violencia propiamente dicha.

La desigualdad diacrónica y la violencia omnipresente han perdurado por algo en apariencia contrario a la rigidez de su aplicación, por su capacidad para cambiar. Una situación injusta, a pesar de la normalización y de la invisibilización que la cultura patriarcal ha puesto sobre ella, no

podría haber perdurado de no ser por los cambios que ha ido adoptando. La actitud y las conductas de los hombres hacia las mujeres, con toda la desigualdad generada y con la violencia ocasionada, siempre han estado, de algún modo, en cuestión y siempre han cambiado algo para que esa situación desapareciera, pero lo único que han hecho es perdurar adaptándose a las circunstancias históricas de cada momento y a los valores culturales que cada sociedad ha destacado. De este modo la ocultación tradicional unido al camuflaje cultural han permitido la desigualdad y la violencia no como algo aceptado, sino como una situación inexistente. La percepción social creada con este mecanismo es que desde una situación de clara injusticia se producía un cambio, pero lo que ya no se lograba percibir era que se hacía para seguir igual.

Sólo hay que echar un vistazo a algo tan objetivo como son los textos legales para entender como la violación, el uxoricidio, el bien jurídico protegido en las agresiones sexuales, el maltrato,... han ido modificándose en nombre de una igualdad y de una lucha contra la violencia de género que todavía hoy no se ha conseguido ni se ha acabado, pero se ha creado la percepción social de que se ha hecho mucho en este sentido, y aunque en realidad se ha hecho, sólo se ha dirigido a cómo actuar ante la evidencia de los casos conocidos, no a modificar las condiciones que dan lugar a que se produzcan ni a sacar a la luz las situaciones ocultas.

En un ambiente caracterizado por esa desigualdad y por la violencia, por esa especie de viaje al pasado en todo lo que concierne a las relaciones de hombres y mujeres, se plantea la “nueva masculinidad” como una forma y un espacio donde reflexionar sobre el nuevo rol que deben desempeñar los hombres.

## **2. DIVISIÓN Y POLARIZACIÓN: LA FRAGMENTACIÓN COMO COHESIÓN**

Sin llegar a analizar los grandes personajes que la historia ha ido conservando en su estela, sí es fácil apreciar el olvido de las mujeres y su relego a un papel secundario, siempre, y extraordinario, más por ocasional que por lo verdaderamente apreciado. Las mujeres como la fina espuma que levanta la nave del tiempo tras de sí en su recorrer histórico han ido desapareciendo hasta ser confundidas en el pasado como parte de él, pero sin identidad.

El mundo y la sociedad fueron divididos y polarizados en dos partes que nunca fueron iguales, lo de los hombres y lo de las mujeres, y quien partió y repartió se guardó la mejor tajada. Desde esa primera división se continuó con las separaciones y la polarización con la que poner distancia de por medio para evitar que nunca fueran confundidos y que jamás existiera la tentación de traspasar los límites de los territorios establecidos para cada uno. Así, se continuó con lo público y lo privado, situando a los primeros en el terreno de la vida pública y a las segundas en la privada. Y dentro de lo que ya eran las mujeres, no sólo en lo referente a las funciones que debían desempeñar y al lugar donde llevarlas a cabo, se estableció una polarización con valores opuestos en el que una representación era la antítesis de la otra, de manera que para ser cualquiera de ellas había primero que negar la otra, impidiendo el término medio, la posibilidad del equilibrio o la compensación y mesura: la buena y la mala, madres y monstruos, santas y pecadoras, prostitutas y vírgenes,... de manera que mientras que el rol diseñado por la sociedad patriarcal coincidía con cualquiera de los modelos positivos que se han creado no hay ningún problema, quedando lo contrario como fuente de reprobación, de rechazo y sanción social hasta el punto de dejarlas relegadas a un papel marginal incluso durante su existencia. El papel aceptado coincidía con los espacios dejados para la mujer y con el rol de invisibilidad que se le había dado en el ámbito privado. De manera que por “buenas o por malas” las mujeres quedaban abandonadas a la deriva del olvido, rescatando tan sólo el anónimo papel que desempeñaban como madres, esposas, amas de casa, cuidadoras, religiosas,... para que fuera él y no ellas el que pasara a la historia.

Las mujeres han sido invisibilizadas ante una sociedad y aisladas entre ellas, no tanto en lo físico, que también, como en lo conceptual, pues las relaciones sociales estaban diseñadas para que las mujeres fueran “mujeres de su casa” y que cada una estuviera “a lo suyo” (que era “lo de los suyos”), parecía que no era bueno que las mujeres estuvieran relacionadas entre ellas. La cultura ha presentado tradicionalmente a la mujer como el peor enemigo de otra mujer; la rival, la que no le va a aconsejar bien, la que le desea el mal,... todo ello siempre aparece revestido de mujer, parece su condición, desde el mito de la Eva pecadora hasta la amante que roba al marido, siempre aparecen como una mujer. Por eso lo público era peligroso para ellas y quedaban ocultas y aisladas detrás de unas paredes, de un gran hombre, de una burkha, de un determinado rol, bajo un velo, tras una crítica y el rechazo,... en definitiva, de la inexistencia. Pero todo por su propio bien, para protegerlas.

### **3. MASCULINIDAD Y VIOLENCIA**

Y para conseguir esta eficaz maquinaria de invisibilización no ha sido suficiente contar con una ingeniería patriarcal capaz de diseñar los mecanismos más complejos y los circuitos integrados más sofisticados con los que alterar todo el orden para hacerlo parecer natural y el más conveniente, todo lo contrario.

La distribución injusta y desigual de roles en el mundo polarizado de los géneros se basa en la violencia, en la imposición de un orden que te atrapa y limita y que impide salir de él a riesgo no ya de ser olvidada en la historia sino de serlo en el propio presente. La violencia que empuja a él y la amenaza que impide salir del mismo son los elementos que desde el poder androcéntrico han permitido imponer el modelo social a las mujeres, que ha llevado a la creación artificial de un mundo único basado en la concepción masculina del mismo y que ha sido capaz de superar tiempos, lugares y culturas; en todo momento, en cualquier lugar y en las culturas más diversas el mundo ha sido patriarcal, y en todas ellas las mujeres han sido obligadas a desempeñar el rol previamente concebido para ellas.

Violencia social invisible capaz de crear la desigualdad con una apariencia de aceptación para quienes la sufren, violencia en la sociedad visible que discrimina a las mujeres, que las obliga a trabajar fuera y dentro de casa, que les impone demostrar a diario su capacidad, que tienen que ser “mujeres 10” sin dejar de ser “ceros a la izquierda”. Y violencia de género física y psicológica que como dosis de recuerdo de una vacuna machista la sufren para recordarles las pautas que deben seguir en el seno de esa relación como esencia de los que debe ser su rol en la sociedad. Y la violencia, como las mujeres, también ha permanecido invisibilizada, con los casos extraordinarios necesarios que por su gravedad o por sus formas han traspasado los límites del terreno en el que tenía que desarrollarse la partida, y a pesar de ser tan objetivos como el hecho de venir definidos por un resultado en forma de daño físico o psíquico. Una invisibilidad que se ha conseguido también por un doble mecanismo: atacar a alguien invisible (las mujeres) y hacerlo para perpetuar el orden establecido y, por tanto, ser considerado no como algo violento en sí, sino como una especie de reconstrucción de lo alterado que en todo momento mantiene la proporcionalidad con relación al objetivo pretendido.

### **4. LOS VALORES DE LA MASCULINIDAD**

La historia es a la sociedad lo que la memoria a la persona, el “*Confieso que he vivido*” de Pablo Neruda o el “*Vivir para contarlo*” de Gabriel García Márquez, el testimonio de haber sido algo, o al menos de que ese algo fue, pero no por haberlo sido sino por lo que fue cuando dejó de serlo. El recuerdo, los acontecimientos históricos cobran todo su valor como elementos del pasado después de que al hecho de suceder se le haya otorgado todo el valor del significado para dejar de ser suceso y pasar a ser acontecimiento. De esta manera lo que al principio era una posibilidad

después llega a ser hecho y este permanece suspendido en el tiempo de la historia atentando contra la ley de la gravedad del olvido que le puede hacer caer en la superficie agreste de la nada, porque peor que no ser es no haber sido.

Pero la historia, al igual que la memoria, se configura por mecanismos selectivos. No todo lo que percibimos queda almacenado en nuestra memoria, del mismo modo que no todo lo que sucede en la vida pasa a formar parte de la historia; existen mecanismos que van organizando nuestra memoria, que desechan recuerdos y seleccionan acontecimientos, todo ello con el objetivo de proporcionarnos una estructura mental capaz de afrontar el día a día de la mejor manera posible en ese conflicto inconsciente entre lo que ha sido y lo que debería ser. De este modo, por diversos mecanismos se produce una reorganización de la memoria que no deja de ser una renacimiento, pues cuando sucesos de especial significación son reorganizados en nuestra memoria relegándolos a un lugar más secundario o recuperándolos hacia lo prioritario, nos convertimos en nuevos individuos, no tanto por ser diferentes, sino por haber sido alguien distinto que como tal aborda el futuro desde una nueva perspectiva.

Y la historia también cuenta con sus mecanismos de selección, como si se tratase de una gran habitación a la que llegan los sucesos, estos son depositados en una gran mesa central para después ser elegidos por el fiel operario que decide lo que debe quedar en el archivo de la historia. El objetivo final es similar al que adapta los recuerdos al individuo y este a su pasado para que todo tenga sentido, continuidad y coherencia, evitando conflictos que pudieran dar lugar a alteraciones de diferente tipo.

Pero existe una gran diferencia, mientras que el proceso psicológico es involuntario y se mueve por mecanismos mentales complejos, la construcción de la historia es un proceso voluntario que sin ser sencillo ante la diversidad de elementos que forman parte de él, sí sigue un mecanismo relativamente simple: resaltar los acontecimientos que refuerzan el sistema de valores y las conductas y comportamientos sociales que surgieron alrededor de los mismos, de manera que aunque el resultado del suceso haya sido negativo en términos de consecución de objetivos, el significado en cuanto al valor del mismo puede ser positivo. Un ejemplo de esta situación lo podemos encontrar en la derrota en una guerra o en la pérdida de un territorio, detrás del hecho se destaca el valor de quienes combatieron y la unidad surgida de ese suceso contrario, que puede servir para aumentar la cohesión e identificar a los enemigos externos, que es una forma de autoidentificarse como pueblo o nación.

Es la forma que tienen las historias de convertirse en historia, mecanismo por el cual pierden su condición de elementos aislados e inconexos para convertirse en algo único y unido: la historia.

Y las historias de las mujeres tan sólo han sido eso, historias de mujeres, porque su función ha estado en ese lugar secundario: grandes mujeres, pero siempre “detrás de grandes hombres”, cotidianidad nunca extraordinaria, tareas invisibles (cuidado de la familia, mantenimiento del hogar –hacer las camas, la comida, limpiar, fregar,...-, procurar felicidad y bienestar emocional,...) y no valoradas, puesto que su esencia no era el ser de esa manera, sino el no poder ser de otra forma, y lo que tiene que ser no tiene nada de extraordinario en ser, en algún caso lo tendría en no ser, y quien es responsable de ello nunca lo será por haber procurado que sea, pero sí será responsable de que no haya sido. Por eso la presión histórica sobre las mujeres en las tareas asignadas a su rol no está tanto en ser unas buenas madres, esposas y amas de casa (“que es su obligación”) sino en poder no serlo, con toda la sanción social y moral que ello supondría. Es la ausencia de reconocimiento lo que ha postergado a las mujeres a la oscuridad histórica, no ha habido brillo en sus tareas ni en su conducta ni en hacer aquello para lo que estaban especialmente capacitadas por esas características que ellas poseen según lo que desde el criterio patriarcal se ha destacado de su psico-biología: Delicadeza, capacidad de comprensión, de perdón, de obediencia,

de dar cariño, de cuidar por ese instinto maternal desarrollado,... y bajo las cuales se ha reconocido que son ellas las que deben hacer las tareas domésticas. A pesar de ello y de ser la base y la estructura alrededor de la cual ha crecido la sociedad, siempre ha sido una labor invisible, no por no haber sido, sino porque tenía que ser así, y por ello no se le ha reconocido, más bien al contrario; frente al sacrificio del hombre que tenía que salir del hogar, de arriesgar su imagen y de perder su fuerza en procurar el sustento económico de la familia, la mujer siempre ha sido presentada como protagonista de la comodidad, la tranquilidad y la seguridad del hogar, sin riesgos ni sufrimientos en sus tareas.

Siempre ha sido así, quien ha tenido la capacidad de elegir y de valorar ha elegido lo que más le ha interesado y lo ha valorado por encima de cualquier otro comportamiento en la historia, de manera que al final todo queda recubierto por un velo de naturalidad de orden superior que no queda más remedio que seguir. Y al contrario de lo que pueda parecer, donde más fundamento tiene no es en cada una de las conductas presentes, sino en el peso de la Historia, en los valores heredados, en los principios sin fin que nos son transmitidos, en cada una de las actitudes que nos llegan por medio de la tradición y en la falta de reflexión ahogada por la costumbre, todo un complejo mecanismo de anestesia social que nos hace insensibles al dolor de la injusticia de la desigualdad y que todavía hoy padecemos. Por eso un proceso tan injusto ha perdurado a lo largo de toda la historia sin que haya habido respuesta social para modificarlo hasta prácticamente finales del siglo XIX, a pesar de lo cual, la “sociedad homolítica” apenas ha sentido los envites de la igualdad propiciada por el feminismo, y por eso los mecanismos han sido especialmente complejos para ser eficaces, pero una complejidad basada más en el maquiavelismo de su diseño que en lo difícil de su planteamiento, pues básicamente han sido dos los elementos de este mecanismo:

- Por una parte, la vida social ha sido dividida en dos esferas, la pública y la privada. Los hombres se han asignado una serie de cualidades y habilidades que coinciden con las funciones que ellos mismos han destinado a ser desarrolladas en la esfera pública, motivo por el cual son ellos los encargados de llevarlas a la práctica. Por el contrario las cualidades y habilidades de las mujeres han coincidido con aquellas otras funciones relacionadas con la vida privada, por lo cual y de manera natural son ellas las que deben permanecer en el hogar realizándolas.
- Una vez distribuida así la vida, se le da un valor superior a lo público por todo lo que conlleva de riesgo, de inseguridad, de esfuerzo, de estar sometido a circunstancias no controladas por uno mismo, a la dependencia de lo que hagan los demás, a la competitividad con ellos,... todo lo que supone una gran presión simplemente por el hecho de estar ahí, lo cual contrasta con la seguridad, la tranquilidad, el control de la situación, la independencia de otros elementos y la consecuente falta de competitividad, la comodidad,... del mundo privado del hogar.

De este modo, las historias que pasan a formar parte de la historia no son las historias de los hombres, sino aquellas realmente importantes, que son las que han transcurrido en el seno de lo público que, curiosamente, son las que han sido protagonizadas por los hombres al ser ellos quienes podían hacerlo. De nuevo la selección natural aplicada a lo social es el mecanismo que ha dado lugar a una sociedad patriarcal a imagen y semejanza del hombre.

Las historias de los hombres se convierten en historias de todos mientras que las historias de las mujeres nunca dejan de ser historias de mujeres, que como el rol femenino en la sociedad vienen a complementar, casi a reforzar por contraste, al rol masculino, a adornar la historia con anécdotas y a confirmarla con excepciones. Por eso la misma historia patriarcal necesita a grandes mujeres, para ratificar la excepcionalidad de esos hechos y, sobre todo, para presentarlas como algo puntual y sin continuidad, más producto de las circunstancias, de ahí las heroínas o las artistas

influidas más por el ambiente que por su condición, y por eso quienes han intentado destacar en aquello en lo que lo hacían los hombres han sido especialmente atacadas hasta llegar a la invisibilidad del olvido.

Ahora nos encontramos en una fase de cambio impuesta. Las motivaciones que llevan a los cambios pueden derivar de circunstancias externas o ser producto de una necesidad interna, y en cuanto a los objetivos a conseguir, los cambios se pueden afrontar para alcanzar una nueva situación o simplemente como proceso, es decir cambiar para que todo siga igual introduciendo elementos que modifiquen la organización o la funcionalidad existente hasta ese momento. En cierto modo cualquier cambio tiene algo de estos cuatro componentes, aunque en proporciones muy diferentes, de ahí su resultado final.

Hablar de evolución social en Andalucía, como hablar de masculinidad, nos puede llevar a planteamientos muy distintos, pues son temas que abarcan a toda la sociedad; por eso quiero ponerlos en relación y destacar sus elementos comunes junto a sus diferencias, para que el propio proceso no enrede y ahogue con sus ramificaciones al resultado.

Tanto la evolución social como la Nueva Masculinidad se caracterizan por el cambio y por unas motivaciones derivadas de la confluencia de factores externos e internos. Es cierto que no se puede seguir así, que la sociedad necesita cambiar, pero ello basándonos en el posicionamiento moral y crítico ante la injusticia de la situación social, no por la imposibilidad material de continuar avanzando por la senda que nos ha traído hasta la situación actual, pues de hecho es más fácil continuar por la autopista abierta de la tradición y el patriarcalismo que tomar la derivación llena de obstáculos y alguna que otra trampa para recuperar la justicia y la igualdad. Pero veamos como esa necesaria transformación se presenta de forma diferente en uno y otro caso.

El proceso de cambio de la evolución social parte de una fase anterior ya alcanzada y consolidada, que necesita ser reactivada, y por tanto, el proceso se presenta como una situación de progreso lineal, adaptativo a la nueva situación, tomando como referencia el pasado obtenido (referencia interna) y manteniendo como objetivo el mismo escenario, pero mejorado y adaptado a las nuevas condiciones generales. Por el contrario, el proceso de cambio en lo que respecta a la Nueva Masculinidad aparece con características diferentes. Se presenta como una ruptura con la situación anterior ocupada por la masculinidad, no es adaptativo, no busca adecuarse a una situación modificada de un estado anterior sino que supone una quiebra respecto a ella y adquiere unas características conceptuales y definitorias de lo que debe ser el nuevo rol y el nuevo género masculino y, en consecuencia, las referencias no las puede encontrar dentro de esa situación, salvo para su negación y abandono; han de ser referencias externas proporcionadas por otros elementos y circunstancias a los habitualmente considerados, y, finalmente, el escenario que se busca es totalmente diferente, un nuevo marco en el que no sólo la masculinidad será diferente, sino todas las relaciones sociales, culturales, políticas y económicas desarrolladas al partir de una situación real de igualdad, no sólo como la consecución de algo material sino como valor incorporado a las personas, situación esta que impregnará y afectará a los demás ámbitos de la vida en sociedad.

De este modo vuelven a confluír las reflexiones sobre la evolución social y la Nueva Masculinidad, pues el objetivo común de ambas es el cambio para conseguir una sociedad mejor, una Nueva Sociedad, no tanto por la modificación de los atrezos consecuente con la renovación del decorado en forma de desarrollo tecnológico, de mejoras en infraestructuras, de aprovechar mejor los recursos, de adecuar las protecciones o de rentabilizar más las inversiones y aumentar los beneficios, sino por haber cambiado el propio escenario y el guión elaborado por los clásicos sobre lo que debía ser el papel de los personajes (hombres y mujeres) en una obra que es la vida social.

Para ello los cambios y los planteamientos que se llevan a cabo en el desarrollo social, y en los cuales incluimos los referentes al Género y a la Nueva Masculinidad, han de hacerse como parte de los elementos de la cultura de valores, no al contrario y tratar de configurar una “cultura collage” con fragmentos de los diferentes ámbitos (ciencia, tecnología, asuntos sociales, educación, trabajo,...) que mejor o peor combinados den un resultado más o menos bello, pues esa cultura de manifestaciones inconexas terminará por caer como los fragmentos del collage cuando la goma que los une se seca y deja de actuar como elemento de cohesión.

Si tomamos el concepto de cultura que hace referencia a las “capacidades, poderes o potencialidades humanas para cultivar y cuidar a la naturaleza y a nosotros mismos”, con toda la carga de responsabilidad moral que ello conlleva, vemos que, entonces, no podemos hablar de una cultura como esencia de unas capacidades y potencialidades sino que hemos de considerar la cultura como una situación de culturas (en plural) pero de valores, no de manifestaciones culturales como en ese mosaico o en el collage que representábamos antes. En un contexto como este, propio de una sociedad moderna en la era de la globalización, la elaboración de un determinado orden social que combine la continuidad del progreso en la línea iniciada con la modernización anterior, y la ruptura con aquellos otros valores que como Torre de Pisa estaban inclinando la estructura social hasta el punto de ser declarados en situación de ruina y con peligro de derrumbe, necesita de unas referencias comunes, de una especie de plano o guía donde encontrar respuesta a los conflictos y a las dudas que surjan.

Esta referencia común, aunque olvidada en ocasiones y vaciada de contenido en otras de tanto nombrarla, es la Declaración Universal de los Derechos Humanos y, lo que es más importante como elemento de cohesión y como lubricante facilitador de las relaciones sociales, los valores que de ella se derivan.

Así estaremos ante una Nueva Sociedad, una sociedad de sociedades moderna por modernizada y justa por igualitaria. Pero hemos de conseguirla, pues no se habita en los planos sino en las casas, del mismo modo que tampoco las ideas sin desarrollar solucionan conflictos.

## **5. LA NUEVA MASCULINIDAD. CRÍTICA Y ESPERANZA**

La abstracción de la totalidad y la aparente ausencia de lo omnipresente pueden confundirnos en lo que se refiere al estado de las cosas y su significado y a los motivos del mismo. Puede parecer entonces que la situación actual es producto de una desviación histórica originada tiempo atrás y que desde ese camino erróneo que se tomó, lo único que se ha hecho ha sido enderezar el rumbo para conseguir recuperar la normalidad perdida allende los siglos. Esa situación presenta a la masculinidad y a los hombres como víctimas de unos antecesores, estos sí, injustos y equivocados.

Es cierto que ahora estamos más cerca de lo que nunca se ha estado de la igualdad, pero todo ello ha sido, fundamentalmente, consecuencia de las reivindicaciones que el feminismo y las mujeres han venido realizando durante los dos últimos siglos. Y es precisamente ahora, cuando la percepción de la igualdad está más cerca, cuando se recurre a otros argumentos que incluso bajo la denominación de “nuevo feminismo” lo que pretenden es la perpetuación de los valores y roles desiguales tradicionales bajo la teórica elección de las mujeres, que libremente deciden llevarlo a cabo. Todo ello no deja de ser un producto de la misma cultura patriarcal diacrónica que como conducta social ha necesitado ir adaptándose a los diferentes momentos históricos para que en ninguno de ellos fuera considerada como disonante. Por eso la nueva masculinidad debe empezar por esa conceptualización teórica para posteriormente ir materializándose en la práctica con actos concretos y posicionamientos (individuales y colectivos) dirigidos a la consecución de determinados objetivos y metas. Y ello ha de hacerse con las mujeres y el feminismo, pues ellas y

él han trazado de forma nítida el camino a seguir, y ahora es cuestión de andarlo, no de volverlo a definir.

La masculinidad desde los hombres y sólo con los hombres no lo hará porque para una gran parte no se ve la necesidad de tener que hacerlo, o al menos de llevarlo hasta los extremos de la igualdad, y por otra, terminaría siendo una nueva creación masculina que no podría liberarse de los vicios que desde una determinada perspectiva se observan a la hora de valorar las diferentes dimensiones de un problema que abarca a todos los ámbitos de la vida. Estamos ante una cuestión de poder y lo que debemos de preguntarnos es si ese poder está en cuestión. Y, aunque está cuestionado por una parte de la sociedad, la realidad nos muestra que la mayoría no lo cuestiona, es por eso que debemos continuar con todos los frentes abiertos con el objetivo de hacer visible el problema como tal, no sólo como problemas secundarios o manifestaciones del problema básico, por muy grave que estas sean, como ocurre con la violencia contra las mujeres.

Pero ¿por qué va a ceder el poder quien lo tiene?. El poder para quien lo ejerce tiene sentido en sí mismo, en su ejercicio, en su manifestación y en su representación, no sólo en lo que consiga con él. Puede ser contraproducente o perjudicial para el resto de las personas, pero da igual, el poder cuanto más injusto más poder aparenta ser, y eso en cierto modo ya es un elemento positivo para quien lo ostenta. Por eso una sociedad androcéntrica no va a renunciar al poder del machismo, podrá modificar las formas de manifestarlo, intentará evitar los puntos de fricción y los conflictos que puedan surgir, pero el poder estará ahí. Es por eso que a pesar de que la igualdad está recogida en todas las declaraciones internacionales y en todos los textos fundamentales de los países, no se la reconoce en la práctica. Se trata, como tantos otros, de un concepto hueco por abstracto, vacío o vaciado, que necesita ser rellenado, darle un contenido propio, hacerlo material para evitar que cada uno le dé el suyo. Hasta ahora han predominado las valoraciones en negativo: la igualdad es la no-desigualdad, y esto vale para andar por casa, pero si la casa no es muy grande, sólo si nos referimos a un apartamento, y no muy espacioso. Ese concepto prevaleciente en negativo facilita, por una parte que lo que realmente es una desigualdad pueda no ser considerada como tal o se camufle bajo otros argumentos, como, por ejemplo, cuando en el mundo empresarial se dice que las mujeres no es que cobren menos, es que rinden menos, se ausentan más,... aunque ese planteamiento no sea cierto; y por otra parte la igualdad mal entendida tiende a confundirse con similitud, sin considerar las diferencias. Todo ello exige que el concepto de igualdad tenga que ser un concepto concreto.

En estas circunstancias la nueva masculinidad no conseguirá modificar la situación general, pues sólo será otro satélite más alejado del planeta androcéntrico. Para conseguir una igualdad práctica en un contexto como el presentado debemos empezar por la conquista de un territorio desde el que negociar, puesto que no se va a producir una cesión del poder parapetado en la desigualdad. Es cierto que necesitamos una nueva masculinidad si la entendemos como un ser hombre distinto, pero no una nueva construcción masculina; no podemos pensar que el problema del paro es de los parados, el de una determinada enfermedad de los enfermos que la padecen o el generado por un desastre natural sólo de los afectados. Los hombres debemos hacer una reflexión sobre nuestro rol en la sociedad, pero el camino está perfectamente trazado y el destino de la igualdad claramente indicado, así se ha hecho históricamente desde el feminismo y por eso debemos unirnos a ese debate y hacerlo con las mujeres, es la única forma de conseguir el verdadero objetivo si es lo que realmente se pretende. El feminismo es el instrumento más útil, efectivo y eficaz para conseguirlo, pero por eso no se quiere considerar. Es como una idea inmigrante en ese continente androcéntrico, aunque llegue hasta nuestras costas es capturada y expulsada, y si logra quedarse, es reducida y recluida a guetos donde sólo se relacionan entre ideas similares, practicando su cultura y su religión, que siempre serán presentadas como amenazadoras de la cultura patriarcal. Necesitamos un feminismo compartido entre hombres y mujeres capaz de, primero conquistar ese terreno de igualdad para, luego, conseguir extenderlo al conjunto de la sociedad, de lo contrario caminaremos hacia una sociedad de hombres y mujeres viviendo en mundos separados y

conviviendo en las relaciones sociales, pero habremos fracasado en la consecución de la igualdad y sólo habremos conseguido el “igual da”, hombre o mujer, pero con todas las dificultades para ella y todas las ventajas para él, puesto que no habrá valores ni sentimientos en él, sólo oportunidad y pragmatismo. Cualquier planteamiento sobre la masculinidad en la actualidad debe recurrir a él, pues el objetivo está en la lucha de valores y esa batalla ha de librarse de lado de las mujeres en contra del patriarcalismo, no estamos en la “guerra de los sexos”, lo que nos identifica es romper con el orden social y la estructura levantada desde el poder y sobre la desigualdad, no los componentes biológico-genéticos. No es cierto, como tanto se ha destacado para explicar muchas de las conductas presentes en las relaciones sociales, que desde la posición patriarcal de poder se tenga miedo a las diferencias y de ahí las actitudes frente a los que no son como el estándar establecido, el verdadero miedo e inseguridad lo plantea la igualdad, ver que tras esos elementos superficiales no existe sustento para la desigualdad social, para esa consideración distinta y ese tratamiento injusto. La igualdad ha de ser conquistada, arrebatada a quien un día la secuestró y la guardó en un cofre y montó todo un sistema para ocultarla, y ello sólo podrá conseguirse por medio de la modificación de los valores que hoy por hoy todavía predominan en nuestra sociedad.

No tiene sentido una sociedad modernizada sin unos valores actualizados, y es en ese sentido en el que la nueva masculinidad puede contribuir junto al feminismo y a los estudios de género para romper con la desigualdad, pues el solo recurso de la modernidad y el desarrollo tecnológico contribuirá a aumentar y consolidar más las diferencias. Tampoco tendría objeto una nueva masculinidad en una sociedad maquillada en lo tecnológico, en los servicios, en las manifestaciones culturales,... pero anclada en valores tradicionales sustentadores de desigualdad, pues, como llama en una campana cerrada, terminaría por apagarse. El verdadero progreso social necesita de nuevos elementos, de una sociedad moderna en la que la nueva masculinidad se presente en igualdad con las mujeres, de lo contrario no sólo se fracasará en el intento sino que se hará más difícil conseguirlo en el futuro.